

Hacia una nueva sensibilidad guerrera

En vísperas de los ataques del 11 de septiembre se estrenaba, en la cadena de televisión por cable *HBO*, la serie *Band of Brothers*, que sigue las aventuras de un batallón de soldados estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, desde sus días de arduo entrenamiento hasta su entrada en acción. En el equipo productor de la teleserie participó Steven Spielberg. En 1998 había estrenado como director y con gran éxito de público y crítica la película *Salven al soldado Ryan*, que contaba también una historia de la Segunda Guerra Mundial. Por cierto, Tom Hanks, el galardonado actor principal, tuvo a su cargo la dirección de uno de los capítulos de la teleserie.

Aunque Spielberg no es el director de *Band of Brothers*, ambas obras guardan muchas similitudes, en estilo cinematográfico, pero también en la manera de recordar esas experiencias históricas. Encontramos allí la habilidad de combinar el más crudo realismo en la descripción de las situaciones de combates, con la exaltación del patriotismo guerrero más tradicional. También ambas obras parecen no seguir una convención épica elemental, que los propios se engrandecen en la medida que el enemigo es más formidable. Por el contrario, aquí el enemigo se vuelve invisible o se tiende a disminuir sus padecimientos. En ambas obras, por ejemplo, se nos presentan escenas en que los aliados ejecutan sumariamente a prisioneros de guerra, sin que estos hechos se exploren demasiado o, mucho menos, se califiquen, por parte de la narración. Aparecen como un detalle más de las crudas realidades de la guerra.

El público y muchos críticos aclamaron en su momento al film de Spielberg como un elocuente testimonio antibélico. Yo estoy convencido de todo lo contrario: *Salven al soldado Ryan* es un alegato solapado y manipulador en favor de la guerra y del militarismo. La impactante brutalidad de la secuencia del día D, seguramente marcó un hito en la representación cinematográfica de una carnicería humana. Sin embargo, si analizamos con un poco de detenimiento la lógica de la narración, acabaremos por concluir que ésta justifica la guerra, como el “último sacrificio” que los soldados deben hacer por su patria. *Salven al soldado Ryan* es una historia del heroísmo abnegado de jóvenes anónimos, que aceptan el reto de la historia y entregan su sangre (con profusión de huesos, carne y vísceras) sin protestar, sabiendo que sirven a un fin superior, que justifica sus actos. Para ello, la película usa los recursos de manipulación emotiva, que han hecho que el nombre de Spielberg quede indeleblemente marcado en la historia del cine. Películas que exalten o denuncien la guerra hay por centenares. Quizá Spielberg hizo la primera película que nos muestra sin pudor el lado “feo y sucio” de la guerra, a la vez que la alaba como la máxima expresión del sacrificio humano.

Ahora bien, estas dos manifestaciones del arte audiovisual no son hechos culturales aislados. A partir de la segunda mitad de la década de los noventa, asistimos a una proliferación de películas de guerra, género que había sido casi abandonado en Hollywood. El mismo año del estreno del film de Spielberg, Terrence Malick presentaba *The Red Thin*

Line (*La delgada línea roja*), historia narrada en un estilo muy pretencioso, mezcla de *cinéma verité* con “corriente de conciencia” a lo James Joyce, nos refiere las tribulaciones de los soldados estadounidenses en la batalla de Guadalcanal, en el Pacífico. Nuevamente se nos muestra, sin ahorrarse el menor detalle, la crudeza de la guerra y el sufrimiento de los combatientes del propio bando, a la vez que se reduce al enemigo a otro con un rostro apenas visible, salvo en algunas escenas del final.

La clave del súbito florecimiento de estas manifestaciones, en la cultura estadounidense, y del sutil juego de manipulación ideológica nos la aporta un libro. También en 1998, el célebre presentador estelar de noticias (*anchor*) de la cadena televisiva *NBC*, Tom Brokaw, publica con gran éxito de ventas *The Greatest Generation* (*La generación más grande*, Random House, Nueva York). Este libro está dedicado también a la exaltación de la Segunda Guerra Mundial y de la generación que se embarcó en la colosal empresa de derrotar al eje. Según el autor, “eran ciudadanos norteamericanos que crecieron durante la gran depresión y la Segunda Guerra Mundial”. No escatima luego superlativos para llamarla “la más grande generación que cualquier sociedad haya jamás gestado” (*the greatest generation any society has ever produced*). Y continúan los elogios “Enfrentaron grandes adversidades... mas no protestaron. Tuvieron éxito en todos los frentes. Ganaron la guerra, salvaron al mundo”. Y después “volvieron a ser gente ordinaria, la clase de hombres y mujeres que han sido siempre el cimiento del estilo de vida americano”. En otras, palabras, Brokaw recoge historias de vida de una generación, cuya humildad y espíritu de sacrificio

son ejemplarizantes. Eran muchachos del campo y de los barrios obreros, sin mucha educación, que sin entender las sutilizas de la geopolítica mundial, se entregaron con arrojo a servir a una causa inequívocamente justa, la derrota del imperio del mal, representado por las potencias del eje.

¿A qué viene este súbito interés por la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué relación tiene con la política estadounidense posterior al once de septiembre? Brokaw sostiene en su libro que la sociedad estadounidense tiene una deuda histórica con los caídos y los veteranos de la Segunda Guerra Mundial y que es urgente una reparación simbólica para estos valientes, que están alcanzando el final de su ciclo vital. Sin duda, estas son intenciones loables, pero no explican la totalidad del problema. El interés del *establishment* cultural estadounidense por la Segunda Guerra Mundial tiene connotaciones que no podemos eludir. Y, el mensaje no expreso, es una clara alusión al trauma nacional de Vietnam.

La resistencia civil hacia la guerra de Vietnam fue un punto de inflexión en la conciencia nacional de Estados Unidos y un reto formidable a la hegemonía de los grupos de poder. Debemos recordar que, por primera (y quizá última) vez, una guerra peleada por el ejército estadounidense fue cubierta sin censuras por la prensa. Por otra parte, el desarrollo tecnológico de los medios de difusión permitía transmitir imágenes casi instantáneas de lo que sucedía en el frente a los aparatos de televisión de los hogares de todos los estados de la Unión. Esta cobertura mostró el lado feo de la guerra, ese lado que el género bélico tradicional había omitido. Esto polarizó y movilizó a la sociedad estadounidense en unos niveles sin precedentes. Sectores importantes del público retaron al Estado y demandaron una explicación convincente de las muertes y del sufrimiento de las decenas de miles de jóvenes enviados al frente. Esto, según los neoconservadores, acabó por hacer colapsar la moral nacional y provocó el colapso de estrategia estadounidense de contención del “enemigo comunista”, en Indochina, y a abandonar la región, en manos del enemigo “comunista”.

La guerra de Vietnam revelaba un hecho perturbador para las élites dirigentes. Los discursos patrioterros nacionales ya no eran suficientes para movilizar la población a un esfuerzo bélico



de gran envergadura. En pocas palabras, la conciencia pública estadounidense, a partir de ese momento, ya no estaba dispuesta a aceptar la muerte de decenas de sus ciudadanos, por razones de Estado. Las guerras por el juego geopolítico de Estados Unidos debían pelearse de otra manera. En todo caso, las debían pelear otros, lo más lejos posible de la conciencia y de la visión del ciudadano estadounidense medio. Esto limitó por mucho tiempo la participación directa de Estados Unidos en acciones bélicas de importancia. Muestra de ello fue la guerra del Golfo, en 1991. La coalición aliada, liderada por Estados Unidos, no pudo completar el derrocamiento de Sadam Hussein, porque no podía comprometer sus tropas en algo que no fuera una guerra "quirúrgica", "limpia", es decir, donde la sangre que corriera fuera la de otros y, sobre todo, que se mostrase lo menos posible por la pantallas de televisión.

Un argumento que subyace a la exaltación de *La generación más grande* es la idea de la pérdida del temple nacional. En consonancia con el discurso neoconservador, se implica que la moral de Estados Unidos se ha reblandecido por la prosperidad y el largo período "pacífico" que ha vivido ese país, en las últimas décadas. Estos films, teleseries y libros sobre la Segunda Guerra Mundial demuestran el sacrificio y la esencia del espíritu estadounidense, de jóvenes pacíficos y sencillos que, desafiados por el "mal", son capaces de convertirse en verdaderos "tigres sedientos de justicia" (parafraseando la retórica del presidente Bush). Estos productos culturales responden, pues, a una estrategia simbólica, que intenta borrar Vietnam de la conciencia colectiva. Aquí se nos presenta el lado crudo de la guerra, pero se omite cualquier cuestionamiento sobre su sentido. En ningún momento se pone en duda, que una empresa guerrera nacional reclame un sacrificio personal y colectivo, en aras de un fin supremo que, por ejemplo, los héroes del film de Spielberg nunca se cuestionan. El ejército, el Tío Sam, sabe lo que hace, a uno le toca obedecer y hacer su trabajo. Estos films parecieran quererle recordar a los estadounidenses que si bien la guerra no es hermosa, es bueno y

glorioso morir por la patria, y que la justicia de la causa, el poder ya la tiene definida de antemano.

Todo esto podría sonar a teoría de la conspiración. Pero no hay que olvidar la afinidad de intereses económicos e ideológicos entre las élites que fabrican la conciencia pública (aun en el plano estético) y los grupos de poder económico y político. Durante la Segunda Guerra Mundial, precisamente, toda la industria del entretenimiento se puso al servicio de la causa bélica y lo hizo con entusiasmo y eficiencia. Hoy parece que los hilos de conexión son más enredados, pero no dejan de estar presentes.

Que el lanzamiento de *Band of Brothers* coincidiera con los atentados de septiembre puede ser una pura casualidad. No es casualidad que el *establishment* político y cultural estadounidense lleve décadas tratando de borrar una experiencia de conciencia popular como fue la resistencia a Vietnam. Ahora parecen haber descubierto un filón prometedor: la manipulación de la memoria de la Segunda Guerra Mundial. En los últimos años se ha venido insistiendo, en nuestro medio, en la necesidad de recordar como un acto justicia, sobre todo frente a sucesos de la historia que el poder oculta o silencia. En su libro *La memoria, la historia y el olvido*, Paul Ricoeur, al presentarnos su investigación sobre el problema de la memoria social, nos advierte también de los peligros del abuso de la memoria, es decir, de aquellos hechos que son recordados en exceso. Creo que los materiales discutidos constituyen un claro ejemplo de esta situación. Son un abuso del recuerdo que nos lleva a olvidar otras experiencias, la guerra de Vietnam, las guerras sucias y de baja intensidad, que Estados Unidos financió por el mundo (en El Salvador vivimos en carne propia los estragos de una guerra de baja intensidad) y seguramente la memoria de los veteranos de la segunda guerra, quienes con seguridad no acudieron tan felices ni dóciles al gran matadero de la historia.

RICARDO ROQUE BALDOVINOS
Jefe del Departamento de Letras,
Comunicación y Periodismo de la UCA